

Sobre la misma tierra

Por Carlos VALDÉS

En una carta al editor del periódico *The Observer* (de Londres), encontramos el siguiente punto de vista freudiano, en relación con el caso Profumo:

El modo como los sacerdotes y otras personas han tomado el incidente, considerándolo una prueba del relajamiento moral general, la manera como nos exhortan a examinar nuestras conciencias, no parece una reacción racional ante la transgresión de Profumo. . . Aunque algunos aparentan preocuparse porque el secretario de Guerra mintió a la Cámara de los Comunes (un lugar, después de todo, donde el engaño no es desconocido), o por el aspecto de la seguridad nacional (lo que no ha sido probado aún), se debe sospechar que la verdadera injuria consiste en que Profumo se dejó llevar por un impulso sexual, impulso que, por otra parte, existe en estado de represión dentro de la mayoría.

Después de citar *Totem y Tabú* de Freud, el corresponsal agrega: Desde este punto de vista no es difícil abrigar la sospecha de que casi todos somos culpables del mismo delito de Profumo, ni es difícil comprender que el correspondiente sentimiento de culpa se manifiesta de dos maneras distintas. Unos tratan de justificarse, castigándose; en cambio, otros intentan encontrar un chivo expiatorio, y como Profumo ha renunciado, nadie mejor que el Primer Ministro para desempeñar el papel. Pero al mismo tiempo, queremos ser indulgentes con los deseos que condenamos con tanto rigor. Los periódicos proveen con fotografías y noticias de la señorita Keeler, a los lectores, para que con la fantasía puedan desahogar los mismos deseos que a Profumo le costaron su carrera.

Otra carta al editor del mismo periódico inglés dice: Profumo renunció por considerarse culpable de una mentira, esto sólo le importaba a su propia familia, pero ninguno de nosotros perderá el sueño. En cambio, el Secretario del Interior y el Procurador General hace poco le ocultaron a la Cámara que si Enaharo era enviado de vuelta a Nigeria para ser juzgado, no podría elegir un abogado defensor. Este infeliz fue llevado de la prisión a un aeroplano, y de allí a esperar su destino en una prisión africana. Esto es algo que nos concierne a todos profundamente; sin embargo, estos caballeros son todavía ministros.

¿HACIA UN SOCIALISMO CAPITALISTA?

Algunos expertos opinan que Rusia se inclina hacia el sistema de ganancias, y que existe un irónico contraste entre las discusiones sobre economía que se efectúan en ambos lados de la cortina de hierro. En el Oeste cada vez se habla más sobre la planeación económica a largo plazo y de cómo lograrla. En cambio, en la Unión Soviética y Europa Oriental se está poniendo de moda el sistema de ganancias y la teoría de las leyes del mercado. Existen muchas posibilidades de que los comunistas y los capitalistas se copien mutuamente sus sistemas, y que dentro de veinte años las diferencias económicas entre los dos no parezcan tan

importantes como hoy. El campeón de la economía de vanguardia en la Unión Soviética es el profesor Liberman (del Instituto Kharkov). Las discusiones se están llevando a cabo en un relativo clima de libertad; las ideas se aceptan o se rechazan por sus propios méritos, y son pocas las citas académicas de Marx o Lenin que tan a menudo antes reemplazaban a los argumentos lógicos. Liberman pretende resolver los defectos de la economía, dando más libertad a los directores de las fábricas. Mediante este artificio, una vez que se ha satisfecho la cuota de producción, las gratificaciones ofrecidas a cada fábrica dependerían enteramente de las ganancias que representarían un porcentaje del capital empleado. (Este último punto es una revolucionaria concesión a las ideas económicas burguesas.)

Para evitar la baja calidad y la sobreproducción, las ganancias deberían calcularse sólo sobre la base de las mercancías que realmente se vendieran, práctica que ya se ha introducido en Hungría. El gerente de la empresa gozaría de una considerable libertad para emplear sus ganancias en pagar sueldos suplementarios, construir nuevos edificios, adquirir maquinaria nueva, o usar las utilidades en cualquier gasto razonable.

Los críticos soviéticos de Liberman quizá tienen razón al suponer que sus proyectos, si se llevaran a sus conclusiones lógicas, destruirían el sistema de la economía planeada. ¿Sería esto una gran tragedia? Los planes quinquenales de Stalin (sin tomar en consideración su costo humano) fueron eficaces en un periodo inicial de desarrollo, cuando las miras económicas podían ser definidas en términos muy simples; pero ahora es mucho más difícil determinar el tipo exacto y las cantidades de productos químicos y electrónicos que se requieren, o satisfacer la demanda de mercancías por parte de los ciudadanos soviéticos que aumenta diariamente.

A medida que la sociedad soviética llega a desarrollarse, su planeación económica quizá se parecerá cada vez más al tipo de planeación hacia la que se dirige el Occidente. . . ¿Puede existir una economía libre inspirada por el espíritu de ganancias, sin que haya propietarios? No puede haber ninguna razón económica para que esto no suceda, si la posición del gerente de una empresa en Europa Oriental que obtiene ganancias (que no le pertenecen personalmente y que sólo son números en su contabilidad) no es muy distinta de la del gerente de una empresa nacionalizada, occidental, quien no es más que un empleado a sueldo.

Alguna vez, cuando el espíritu dogmático se haya debilitado, las empresas privadas quizá puedan funcionar en algunos sectores de la economía hasta ahora prohibidos; pero sólo Dios sabe cuántos argumentos ideológicos chinos y cuántos retrocesos hacia el stalinismo tengan que superarse antes de que aparezca este tipo de desarrollo económico. El problema no resuelto aún es qué papel desempeñará la dictadura comunista en una sociedad dedicada a conseguir consumidores y a evitar la guerra.

KRUSCHOV Y LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

Kruschov, durante la junta de la última semana del Comité Central del Partido Comunista Soviético, consiguió una posición más firme, y una vez más se alió con las fuerzas progresistas del Partido. El reto de las almas muertas y de los stalinistas que amenazaron a Kruschov después de la crisis de Cuba, ha sido respondido, y los han derrotado durante los pasados meses de aparente inactividad. La firme posición de Kruschov se advierte en que Breznev y Podgorni, dos de sus más leales partidarios, han sido llamados a ocupar importantes cargos en el Partido. A ambos los ha empleado en los momentos difíciles, y ahora tienen posibilidades de llegar a convertirse en sus sucesores. Entre los tres pueden dominar la Secretaría del Partido, y formar una poderosa troika.

La derrota de las almas muertas y de los stalinistas se ha vuelto evidente después de que se celebró la Junta del Partido Comunista. El ataque a los defensores de la libre expresión no pudo prosperar; los escritores no fueron humillados, y los intelectuales soviéticos los han apoyado firmemente. Cualquiera que sea la opinión personal de Kruschov, ha reconocido la existencia y la fuerza de los grupos progresistas, y los ha respaldado.

Después de la crisis de Cuba, Kruschov se enfrentó a los chinos, teniendo una firme posición en su propio país. Los chinos han comprendido que no pueden esperar que cambie el Primer Ministro ruso y se disponen a asistir a la gran reunión de Moscú, el 5 de julio, en la que quizá consigan una reconciliación.

En una carta que los chinos enviaron hace poco al Partido Comunista Soviético, critican no sólo la política exterior soviética, sino también la política interior de Kruschov. El documento contenía estas amenazadoras palabras: "Si el grupo dirigente de un partido adopta una línea que no sea revolucionaria y convierte al Partido en *revisionista*, entonces los leninistas, pertenezcan o no a dicho Partido, lo reemplazarán, y llevarán al pueblo hacia la revolución."

Que Kruschov no está dispuesto a ceder ante las exigencias chinas, se advierte por el discurso que su yerno Adjubei pronunció ante el Partido, quien atacó a "esos teorizantes que se ocupan en elaborar teorías esquemáticas, sin vida, sobre materias abstractas, y que no dedican ni un solo pensamiento a mejorar la vida del pueblo. . . Marx y Lenin se volverían en sus tumbas si conocieran los trabajos teóricos de los leninistas".

Al mantener Kruschov su posición de firmeza, y los chinos su ánimo belicoso, la reunión de julio promete ser inusitada.

LUCHA SOCIAL DENTRO DE LA IGLESIA

En un libro de próxima aparición titulado *Inside the Council*, el autor católico Robert Kaiser nos ofrece interesantes datos sobre la política interior del Vaticano.

A principios de 1959, el papa Juan XXIII celebró una misa. Después de ella, delante de los 18 cardenales de la Curia Romana (el gabinete de la Iglesia) anunció su intención de realizar un concilio con los obispos de todas partes del mundo. Los cardenales guardaron silencio. El *Osservatore Romano*, el periódico oficial del Vaticano, no mencionó esa noche el concilio; sólo hasta el día siguiente lo dio a conocer (aunque sería el veintiuno en la larga historia de la Iglesia) entre las noticias de menor importancia. La idea de Juan XXIII no impresionó a la burocracia sacerdotal. La *Civiltà Cattolica*, publicación jesuita semioficial del Vaticano, no hizo mención al concilio sino hasta cuatro meses más tarde.

El cardenal Alfredo Ottaviani, secretario de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, encarnaba el espíritu conservador; el lema de sus armas es *Semper Idem*. Esta actitud no es nueva; sus raíces parten desde el tiempo de la Contrarreforma. Ottaviani es uno de los muchos *defensores fidei* que han existido en todos los siglos.

Los antiguos papas dividieron al mundo en *fideles e infideles*; por lo tanto, rechazaron a todas las demás religiones. Su concepto de la Iglesia era el de una institución basta, burocrática, bizantina, inmune a cualquier cambio.

Juan XXIII, ante la crisis universal, advirtió que el factor crítico era siempre el mismo: la rivalidad entre Oriente y Occidente. El papa se sentía apenado por el papel tan pobre que desempeñaba el catolicismo en la solución de los dilemas universales. La Iglesia, por lo tanto, debía tratar de resolverlos mediante un concilio.

Para vencer las objeciones de muchos de los que deberían haber sido sus más cercanos colaboradores en el concilio, el papa necesitaba un plan específico, y éste fue el de la unidad, no sólo la unidad cristiana, sino la de todo el género humano. Juan XXIII necesitaba derribar las murallas que separaban a la Iglesia de los demás cristianos, y del mundo tal como es, que ha sufrido una revolución social y científica.

El 21 de marzo de 1960, se presentó una oportunidad cuando Agustín Bea le preguntó al papa si le gustaría comenzar una pequeña revolución en el Vaticano. El papa le encargó a Bea que formara una comisión para promover la unidad cristiana, que se vería libre de las trabas burocráticas del Vaticano; pero no se trataba de convertir a los otros cristianos a la fe católica, pues tanto Bea como el papa sabían que los protestantes y los budistas, por ejemplo, podían tener una fe tan verdadera como la suya.

Bea había sido superior de la Orden de los Jesuitas; esto le había dado una gran práctica para solucionar los problemas humanos de la comunidad. Además, dominaba varios idiomas. Aunque iba a cumplir los 80 años, nadie habría sido capaz de adivinar el instinto que demostraría para las relaciones públicas, su adaptabilidad para tratar a los protestantes, a los musulmanes y a los judíos.

Bea y el papa creían que la presencia de observadores de todo el mundo en el concilio sería una prueba más efectiva de la vitalidad de la Iglesia, que cualquier otra afirmación abstracta.

Las Comisiones Preparatorias estaban a cargo del cardenal Tardini. Juan XXIII trató de ganárselo mediante la bondad; lo nombró cardenal y secretario de Estado; pero ni siquiera esto ablandó al inflexible Tardini, ni renun-

ció a obstruir la labor papal, especialmente durante el concilio. Estas comisiones estuvieron preparando los puntos que más tarde se discutirían durante el concilio.

Finalmente el papa publicó las bases del concilio, que daría una amplia oportunidad para la expresión de toda clase de opiniones. La presidencia estaría formada por 10 hombres, la mitad conservadores y la mitad progresistas.

El Santo Oficio estaba compuesto en su totalidad por conservadores, con Ottaviani a la cabeza, y fue el que más se opuso a la realización del concilio. Incluso, uno de los miembros del Santo Oficio, Antonio Piolanti, se atrevió a decir ante unos seminaristas: "Recuerden, el papa puede ser depuesto si cae en una herejía."

Otro ejemplo de la política del Santo Oficio fue el siguiente: El cardenal Bea redactó una ponencia para el concilio, con la que intentaba destruir las bases teológicas del antisemitismo que ha florecido entre los católicos durante siglos. Tan pronto como el Santo Oficio tuvo noticia de esto, le dio aviso a varias naciones árabes; sus diplomáticos en la Santa Sede amenazaron con tomar tales represalias contra los católicos, que Bea tuvo que renunciar a su ponencia antes de presentarla a las comisiones.



La señorita Keeler y nuestras fantasías

"No lo hubiera creído, si no lo hubiera visto con mis propios ojos", dijo uno de los obispos norteamericanos con asombro. Un miembro norteamericano de la Curia se rio de la ingenuidad del obispo, y comentó: "Creía que esto era una excursión de muchachos exploradores."

El 11 de octubre de 1962, se inauguró el concilio, y sus primeras sesiones fueron secretas. Cuando se trató de elegir los 160 miembros que formarían las 10 comisiones del concilio, la Curia quiso influir en las elecciones; pero los cardenales progresistas se opusieron enérgicamente, y las elecciones fueron interrumpidas. Cuando se efectuaron, una semana más tarde, los progresistas obtuvieron una gran victoria; los padres del concilio no eligieron a nadie de la Curia.

Ya en pleno concilio, el cardenal Ottaviani pronunció ante el micrófono una apasionada diatriba contra aquellos padres que hablaban de introducir cambios en la misa, y les advirtió que podían cometer una herejía. Después de un rato, el presidente le advirtió que había excedido el límite de tiempo que se le había dado. Ottaviani continuó su perorata, y el presidente se vio obligado a desconectar el sistema de sonido. Cuando los padres comprendieron lo que había sucedido, se pusieron a aplaudir. Ottaviani se disgustó mucho y no regresó al concilio durante dos semanas.

Tan pronto como los conservadores se dieron cuenta del rumbo que había tomado el concilio, trataron, entre otras cosas, de desacreditar al cardenal Bea, y atacaron a los progresistas en la prensa italiana. Aun se atrevieron a publicar un tomo especial de 640 páginas y lo distribuyeron entre los padres del concilio. El mensaje de este libro consistía en afirmar que los cardenales, los arzobispos y los obispos progresistas formaban parte de un gigantesco complot comunista, masónico y sionista para destruir a la Iglesia.

Esto se interpretó como una reacción a que durante el periodo preparatorio del concilio se había hecho una propuesta, apoyada en especial por algunos obispos de América del Sur, para internacionalizar y descentralizar a la Curia.

La política de la Curia Romana presentaba una doble cara; por una parte constantemente se identificaban con el papa, alegando que habían sido nombrados por él, que actuaban en su nombre y que contaban con su aprobación. Por otro lado, trataban de encaminar la política de la Iglesia por rumbos muy diferentes a aquellos que el papa de continuo señalaba en sus discursos. Esto tenía como resultado enojar a los obispos, a quienes se les hacía difícil comprender cómo un cuerpo de diplomáticos con tan larga experiencia era capaz de cometer un error detrás de otro.

Uno de los obispos más progresistas dijo ante los padres: "Este concilio debe estar encauzado a hacer de la Iglesia una verdadera luz para las naciones." Después de afirmar que la Iglesia debía entablar un diálogo con todo el mundo, añadió: "Debemos decir algo acerca de la verdadera vida de la persona humana, de la inviolabilidad de su vida... La Iglesia debe hablar de justicia social... de la paz y de la guerra, de tal modo que pueda contribuir a iluminar al mundo." Cuando Juan XXIII se enteró de esto a través de su aparato de televisión, dijo a los que lo acompañaban: "Al fin los padres están comenzando a comprender para qué se hizo este concilio."